

Liddard se fué a un buque inglés anclado en el puerto y contrajo matrimonio según el rito protestante. Grave escándalo religioso. Excomunión mayor lanzada por el Arzobispo de Santiago contra la señora Liddard, nacida Blest. El gobernador eclesiástico de Valparaíso quiere pedir el auxilio de la fuerza pública para separar a la señora de su esposo. Ponen a esta en la disyuntiva de quedar excomulgada—a pesar de que era católica ferviente—o separarse de su esposo. La señora Liddard—razones de amor—, opta por la excomunión.

Detalles de esta índole son los que más nos interesan en el libro de Oviedo porque son muy reveladores del tiempo. Y como la interpretación de estos detalles se prestaría a una adjetivación desconcertante, Oviedo procura que hablen los documentos con su elocuencia escueta.

Otros problemas como el del origen y desarrollo de la instrucción popular en Chile y la repercusión que tuvieron en la prensa y opinión públicas las llamadas «cuestiones teológicas» (principalmente desde el gobierno de Errázuriz hasta el de Santa María), pueden también estudiarse con documentos aportados por este libro. Oviedo no oculta su cálida y decidida simpatía por las sociedades masónicas, pero conserva siempre un tono mesurado y ecuánime. Esta impresión nos da a nosotros que buscamos la visión objetiva de las cosas; probablemente su libro parecerá descompuesto a quienes lo revisen con dogmatismo adverso.

Por la nutrida documentación de este libro, útil para trabajos históricos de toda índole, se nos explican sus

seiscientas y más páginas.—*Mariano Picón-Salas.*

MEDIODÍA. INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA ANDALUZA, por *Gil Benumeya.*

Hay quienes sólo quieren ver una Andalucía pintada en las cajas de pasas, en las etiquetas del vino Jerez—del vino Jerez que justifica por sí mismo la importancia de una región—, en las cupletistas que vienen a América después de los cuarenta años, en Paco Villaespesa después que se cortó la coleta y en los affiches de la exposición de Sevilla. A estas personas yo les recomendaría el interesante—aunque desordenado—librito de Gil Benumeya (1). América en gran parte es andaluza y este elemento andaluz no es en ningún caso desdeñable. Porque se hayan infiltrado en nosotros la tristeza aborígen y las pretensiones de los comerciantes vascos que vinieron en gran número en el siglo XVIII, cuando la América ya estaba colonizada y pacífica y engordaba para la explotación, no debemos afectar una seriedad ridícula. Y porque los andaluces tienen un hermoso sol, cuerpos ágiles, briosos caballos, el dorado vino de Montilla, hacen muy bien en cantarlos y gozarlos.

Así como me repugna el hispano-americanismo auspiciado por congregaciones decrepitas que se ponen a espaldas de la realidad componiendo octavas reales—Academias, Uniones ibero-americanas, etcétera—, me fas-

(1) *Mediodía. Introducción a la historia andaluza.* Compañía Ibero Americana de Publicaciones. Madrid, 1929.

tidia también la pretenciosa sociología de algunos caballeros de América que juegan a la seriedad para sentirse sajones. ¿Para explicar lo que tiene de bueno Chile, no recurrió el ingenuo y honesto don Nicolás Palacios a unos fantásticos entronques germánicos? Risa andaluza contra la pedantería de estos caballeros. Y los andaluces desde la altura de sus treinta y más siglos de historia—Iberia primitiva, cultura púnico-andaluza, Tartessos, Bética romana, Andalucía visigótica, omeya, morisca, etcétera—podrían entonces mirarnos con desdén.

Neutralice en buena hora el simpático y viviente librito de Gil Benumeja, que debe ser hombre de veinte años y promete interesantes trabajos de interpretación, nuestro pretendido sajonismo y contentémonos con llamarnos orgullosamente Silvas, Pérez o González. Andalucía es tierra noble ornamentada por la Historia, la Naturaleza y el Arte.—*M. P.-S.*

NOVELA

EL DIARIO DE COSTIA RIABTSEV, POR
N. Ognev.

—Nadie ha de compensarte el martirio que—en aquella noche de insomnio transcurrida en la granja—te hizo sufrir la posibilidad de acercamiento entre alumnos y alumnas; como nunca han de justificarse la majestad de tus gestos y el autoritario acento de tus observaciones. Eres maestra de escuela soviética, Elnikita; allí está el plan «Dalton»; allí, la auto-discipli-

na, las frecuentes sesiones turbulentas del «Comesc»; allí también Zin-Palna, en soledad de genio vidente, sufriendo en sí misma los rigores de su energía reguladora que da continuidad a la obra, rectitud sin absolutismos, austeridad no despojada de misericordia; y Nicpetoj, el buen Nicpetoj, que escucha confidencias, aconseja, alienta, defiende, corrige sin castigar, serena su justicia, suave y segura la entonación. Has de aminorar la importancia que te concedes, Elnikita; la causa redención y la vida aprendizaje; eres «maesc» y los maestros soviéticos estudian, en infantiles conciencias, una lección trascendental.

Difícil de adivinar el término a principios del camino. Primero, impertinentes desmayos impresionantes; luego, farsa suicida; y sólo en el escenario revélanse, más tarde, temperamento y aptitudes de Zoia que—encarnando a Ofelia—saborea el encanto de las ardientes frases que se ha resignado a no oír, ni pronunciar, en la vida; en tanto, Lina aspira incansablemente a un papel heroico: se insinúa, pide, suplica, trata de impresionar participando en la aventura del laboratorio, persigue venganza anónima y desahoga, finalmente, su despecho en torpe caída, que da pretexto para escribir al amado llorosa y romancesca carta. Temperamentos que, no obstante su dualidad, parecen uno mismo en diversas etapas sucesivas: Lina y Zoia; el turbio Palkin, organizador hipócrita de «juergas clandestinas»; Alioja, el ladronzuelo alcohólico, desertor de la escuela, que la policía atrapa entre malhechores, para entregarlo a la piedad de Zin-Palna; y, acaso antes de Palkin y Alioja, Se-